
Qué hacer con la Navidad

José Ignacio González Faus

Desde hace años nuestras Navidades suelen transcurrir en un clima donde se mezcla un fondo de añoranza con una forma de despilfarro consumista. Añoranza porque, si algo pudo tener la Navidad bueno para todo el mundo, era esto: es “la fiesta de lo Humano”. De la calidad de lo humano. Este significado valía para creyentes y no creyentes, aunque luego lo explicaran de modos diversos.

Pero si algo caracteriza culturalmente hablando a nuestras celebraciones navideñas actuales parece ser la falta de calidad humana. De ahí la añoranza que dejan a veces y que, personalmente, creo que, cuando se da, es lo único que queda de cristiano en nuestras Navidades. Intentaré explicar por qué.

En su origen, la Navidad alcanzó esa enorme popularidad de que ha gozado porque transmitía un mensaje de que hay algo divino en lo cotidiano. Sin remontarnos ahora a disquisiciones teológicas sutiles, ese mensaje se expresaba popularmente en las letras de muchos villancicos: la Virgen que está lavando y tendiendo la ropa (la

pureza en la prosa) o Dios entre un buey y una mula, o José que “encen allà un gran foc i els àngels canten”. Esta conjunción de lo divino y lo cotidiano era anuncio de una buenísima noticia: “Ha aparecido la humanidad y la jovialidad de nuestro Dios”. Por eso se añadía con frecuencia, en muchos villancicos, una invitación a descubrir ese regalo: “Venid”, “vamos a ver”, “asómate a la ventana”...

Este descubrimiento de la divinidad de lo humano tiene cierto carácter de revelación y por eso debe ser breve. Incompatible con que, ya a primeros de noviembre, el *Corte Inglés* ponga grandes carteles de “Buenas fiestas” que sólo quieren significar “buenas ventas”. Por eso, en la forma actual de las Navidades late cierta añoranza de aquella experiencia porque, hoy, por muchos villancicos que cantemos, el mensaje está falsificado: ahora se nos dice que hay algo divino en el consumo desenfrenado. Y la invitación (convertida ahora en imperativo categórico) no es que vayamos a alguna cueva, sino que vayamos a los grandes almacenes o a algún Portal de

José Ignacio González Faus (Barcelona) es responsable académico de *Cristianisme i Justícia*.

Internet, donde se podrá comprar más cómodamente.

Con frecuencia, por eso, las Navidades dejan un cierto regusto de malestar y añoranza. Y aun eso, sólo allí donde queda una cierta conciencia humana no averiada que sigue añorando ese valor divino de lo humano.

Porque el mensaje de la Navidad, en su sencillez aparente, no dejaba de tener sus precios que pagar. La falta de hospedaje sigue siendo dura, la cueva sigue siendo cueva, el parto sigue siendo parto... y, en definitiva, al día siguiente de la venida de Dios a este mundo, la liturgia cristiana conmemora al primer mártir de su historia (san Esteban), apedreado por su palabra libre y sus críticas al sistema religioso. Y tres días después del Nacimiento celebrará el asesinato de todos los inocentes, que sigue siendo un rasgo horrible de este mundo visitado por Dios: los innumerables inocentes víctimas de la pasión de los poderosos o de la avaricia de los muy ricos. Parece entonces como si, al entrar Dios en la historia, ésta no cambiara ni se convirtiera en un cuento de hadas, sino que sigue siendo la dura y cruel historia de siempre.

Y sin embargo la historia sí que está cambiada: porque, después de haber convivido con Aquél que nació en Belén hace veinte siglos, los suyos enseñaban: si nos amamos bien entre nosotros, le amamos a Él. Porque Dios se hizo hombre para que le busquemos entre los hombres y no en los templos: que éstos podrán ser necesarios para nosotros, pero no lo son para Él.

Y el domingo siguiente a la Navidad, la liturgia celebra como fiesta “la sacralidad de la familia”, concretada en una

familia pobre, de una ciudad ignota, que nunca fue celebrada por la belleza de sus miembros ni la suntuosidad de sus moradas ni la altura social de sus componentes: una familia históricamente anónima. Pero en la que parece ser que hubo esa entrañabilidad y ese respeto en la intimidad que todos los seres humanos añorarían para sus familias. Otra vez la intuición de la sacralidad de lo entrañablemente humano. Que es lo ausente de nuestras Navidades.

Al perder su verdadero sentido, el legado de nuestras Navidades ya no parece ser la Paz, sino el frenesí o el desenfreno. Y al final, acabamos deseando que se acaben pronto, para volver a lo cotidiano. Huelga decir que, en este contexto, los lenguajes ya específicamente religiosos de “Encarnación” o de venida de Dios a esta tierra y a esta historia, acaban sonando a puros mitos vacíos.

¿Qué hacer en esta situación? Me pregunto seriamente si la Iglesia, que antaño supo cristianizar una fiesta pagana de nacimiento del sol, no debería hoy proceder al revés. Desapareciendo de toda esa parafernalia falsificadora de la Navidad y recomendando a sus fieles (no mandando, porque esto hoy no sirve para nada) que precisamente en estos días busquen con fuerza una desaparición de toda esa publicidad callejera, una marcha hacia la interioridad y una huelga solemne de consumo que acabe obligando a los que “nos venden la moto” a montarnos las cosas de otra manera más humana y menos aparente.

Seguramente no se conseguirá nada. Pero queda el consuelo de la máxima latina: “*In magnis voluisse satis est*”. En las cosas grandes ya es algo haberlas intentado.